

PO 2227
p32
56

84
C
7



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO X



08880

LA PESCA CON REDES.



I.

CUANDO tenia la dicha de habitar en Nápoles, plaza de la Victoria, fonda de M. Martin Zirr, piso tercero, frente por frente del Chialamone y del castillo del Huevo, todas las mañanas, en cuanto me despertaba, me asomaba á mi ventana, y dirigiendo mis miradas tan lejos como alcanzaba mi vista sobre aquel brillante y limpio espejo del mar Tirreno, me preguntaba á mí mismo, de donde podría venir el triste proverbio *Ver á Nápoles y morir*, precisamente en el país más alegre, indolente y feliz que hay en el mundo. A fuerza de reflexionar creia sin embargo haber encontrado el origen de aquel extraño y siniestro presagio, debido sin duda, á que no hay una sola época de la historia

napolitana, en que por una ironía cruel de la naturaleza, aquella ciudad, tan feliz en la apariencia, no haya sido asolada por algún terrible azote; en que aquel pueblo tan apacible y tranquilo no haya sido agitado por las conmociones y la guerra civil, y en que aquellas aguas tan transparentes y puras no hayan sido enrojecidas con la sangre. Subamos únicamente algunos años, y veremos á Carracciolo ahorcado del mástil de un navio, enmedio de una escuadra empavesada con los mas brillantes colores. Subamos todavía mas y se nos presentará Masaniello envenenado entre las aclamaciones del pueblo de la rivera, y acribillado de balas al pié del altar. Si continuamos siempre subiendo, la imaginacion retrocederá horrorizada ante las luchas de los Anjou y de los Duras, ante los asesinatos y crímenes de las dos Juanas, constelaciones sombrías, que han dejado en el hermoso cielo de Italia un largo surco de sangrientos recuerdos. Detengámonos aquí y desgarraremos una ó dos páginas de esa espantosa historia. Es una narracion que nadie ha hecho, que nosotros sepamos: un drama sencillo y terrible que se desenvuelve en medio de los incidentes mas risueños y pintorescos: es un cuadro lúgubre, con los personajes adustos y mudos, y el fondo gracioso y espléndido.

Era el año de 1414. La noche del 25 de Julio fué una de las mas ardientes del mes, cuyo calor es habitualmente sofocante en Nápoles, y que en aquel infausto año en que se coloca nuestra histo-

ria, escedió todos los grados de temperatura que la humana naturaleza puede soportar. El sol, rodeado de una aureola de vapores, encendido como el hierro que sale de la fragua, se habia sumergido con impaciencia en un mar de plomo derretido. Hubiérase dicho que el astro de dia, cuya aparicion ordinariamente se saludaba con cánticos de alegría, cuya ausencia suele acompañar el poco grato sonido de las campanas, habia procurado sustraerse aquel dia al espectáculo de los padecimientos y maldiciones de los hombres. Pero la noche tan vivamente deseada, no habia traído ningun consuelo á la poblacion abrasada: una brisa imperceptible y ligera que habia vagado errante al declinar la tarde, semejante al aliento de un moribundo, acababa de extinguirse completamente, y la naturaleza yacia anhelante, inmóvil, estenuada, como una vírgen de la antigüedad en poder de un dios desapiadado y vencedor. El golfo tan azulado, tan bullicioso y animado en mejores dias, parecia á uno de aquellos lagos aplomados y malditos, como el Averno, el Fucino y el Aguano que cubren con una inmensa mortaja los volcanes apagados. Ni una vela, ni una luz, ni la cancion de un pescador rezagado, rozaban su impasible superficie: un silencio sepulcral reinaba en la ciudad y en el mar, como si fuese otra Pompeya. El Vesubio producía un ruido sordo en sus inmensas profundidades, pronto á vomitar su abrasadora lava sobre la campiña ya medio seca. En las espacio-

sas llanuras de los Eliseos, los manes de los antiguos parecían regocijarse con aquella atmósfera de humo infernal que bien pronto no podría respirar ningún mortal. La Merjellina se cubría con un velo, el Pausilipo no se atrevía á mirarse en las aguas que le rodean, y la hermosa y voluptuosa sirena, símbolo de poesía y de amor, la madre del Tasso, la nodriza de Virgilio, parecía exhalar el último suspiro, semejante á Proserpina luchando por desasirse de los brazos de Pluton.

A medida que la noche avanzaba se apoderaba de los habitantes de Nápoles un entorpecimiento irresistible. Todos habían cedido á un cansancio que participaba más de letargo que de sueño, se hubiera dicho que las estrellas temían mostrar su faz risueña y serena y que atravesaban débilmente el espeso velo de vapores, como los rayos de una lámpara que se está apagando, por medio de una doble pared de alabastro. Un resplandor incierto y blanquecino alumbraba confusamente los objetos, y el único ruido animado que se oía en aquella calma universal, era el sonido lento y monótono de la campana que marcaba la hora en el reloj del palacio. Sin embargo, á pesar de la postración general, velaba un hombre. El odio y la ambición habían hecho desaparecer para siempre de sus miembros la fatiga, el sueño de sus párpados, y el reposo de su corazón. De pie é inmóvil detrás de la ventana de una casita de Chiatamone fijaba obstinadamente sus ojos sobre un punto del horizonte hácia la par-

te de Caprea. De repente se despejó su frente de veinticinco años, sus cejas negras y fruncidas se dilataron, y una sonrisa de satisfacción se asomó á sus contraídos labios, porque había divisado á lo lejos, sobre el golfo, una lucanita que había brillado un momento en el horizonte, y se había desvanecido con prontitud, como los fuegos fatuos que no dejan rastro alguno de su paso. Indudablemente era una señal convenida, porque en el mismo instante el jóven se estremeció, se apartó rápidamente de la ventana junto á la que estaba en observación, se embozó en una capa negra, colocó en su cintura una cuerda, tomó en la mano una tea y un estoque de tres filos, y avanzó con precavido y lento paso hácia el muelle de Santa Lucía.

El reloj de Pizza-Falcone daba lentamente la última campanada de las doce de la noche. El nocturno faro que el desconocido parecía aguardar con tanta impaciencia, brilló segunda vez á mas corta distancia y desapareció de nuevo. Desgraciadamente nuestro jóven al dirigir sus miradas por la ribera, no descubrió ni un barco ni una lancha amarrada á la orilla. Los pescadores y marineros ahuyentados por el *sirocco*, habían ido á buscar en las grutas ó detrás de los escollos un abrigo y un poco de fresco. Además, aun suponiendo que hubiese encontrado alguno en aquella fatal noche, no habría sido fácil decidir de grado ó por fuerza á aquella persona á que se hiciese á la mar. El pescador napolitano teme al *sirocco* casi tanto, como

los lazzaroni á los esbirros, y con semejante tiempo un descendiente de Masaniello no hubiera tocado á un remo por todo el oro del mundo. Aun cuando se hubiese tratado de arrojar al diablo, nadie se habría llevado la mano á la frente para hacer la señal de la cruz. Absorto en su profunda preocupacion, el jóven no habia reflexionado en un obstáculo, que podia preverse muy bien atendido lo caluroso de la estacion, y la pereza natural de las gentes del pais. ¿Qué debia, pues, hacer? Ponerse á buscar á los ausentes, podia prolongar demasiado la espedicion, y le esponia á ser reconocido. Esperar en el puerto y hacer desde él la señal al barco misterioso que venia á su encuentro, era un partido por que no se atrevia á decidirse, porque la conversacion que iba á entablar no debia tener mas testigos que el cielo y el mar.

Mientras recorria la ribera entregado á la mayor agitacion, al pasar casualmente al lado de un poste, al que por lo comun solia sujetarse algun buque de gran porte desmantelado ó en estado de reparacion, descubrió una barca medio encallada en la arena, y en el fondo de ella un jóven barquero como de diez y ocho á veinte años, que dormia profundamente. Lo que podia ver de sus facciones y figura al través de la fosforescente claridad de aquel aire abrasado, inspiraba interes y simpatía. De su largo gorro encarnado se desprendia una espesa y rizada cabellera negra. De su cuello robusto y bien modelado, pendia un escapulario con la imá-

gen de la vírgen del Cármen. Su vestido se componia de una especie de chaleco de paño encarnado y unos calzones anchos de tela rayada que le llegaban hasta un poco mas abajo de las rodillas: los brazos, pecho y piernas del pescador, estaban enteramente descubiertos. Al ver aquel encuentro inesperado y milagroso, el hombre de la capa negra aunque tuviese grandes deseos de rodearse del silencio y del misterio, lanzó una exclamacion de júbilo. Ya era tiempo: el barco extranjero que conducia hácia él al esperado mensajero, habia llegado á la mitad del golfo, y hecho la tercera señal. El desconocido dobló el paso, se inclinó con presteza hácia el dormido barquero y le sacudió con fuerza agarrándole de un brazo.

—Escelencia, murmuró el pescador maquinalmente, vedme aquí: estoy pronto, señor escelentísimo.

Y despues de dos ó tres ensayos infructuosos para abrir los ojos y sostenerse sobre sus piés, abrumado de fatiga y de sueño, se tambaleó y volvió á caer en el fondo de la barca.

—Levántate, muchacho, necesito tu barca, dijo el desconocido sosteniéndole por la cintura: no hay que perder tiempo, vamos, echa pronto el remo al agua y marchemos.

—Hablais muy bien, señor, dijo el pescador que comenzaba á despertarse y á fijar sus miradas sobre su interlocutor que no le parecia merecer ya el tratamiento de esclencia; hablais muy bien en cuan-

to á vuestro negocio, pero antes de despertarme tan bruscamente, me parece que hubierais obrado mejor informandoos si me encontraba dispuesto á trabajar en semejante noche, en que aun las almas del purgatorio, que deben estar bien acostumbradas al calor, no se atreverian á dejar sus hogares aunque fuese para ir al paraíso.

—¿Y cómo, bellaco, podia adivinar tus intenciones, sin despertarte? contestó el jóven caballero pudiendo apenas reprimirse.

—Entonces valia mas que me dejaseis dormir.

—¡Por vida del demonio! dijo el desconocido dando un fuerte golpe con el pié, ¿no estás ahí, bribon, para servir al público?

—Durante el dia, podrá ser, mas por la noche soy libre. Así, pues, si no tienes mas que decirme, concluyó el pescador que se habia despertado completamente y pasado sin mucha ceremonia desde la escelencia hasta el mas sencillo tuteo, puedes irte con mil diablos.

—Vamos, vamos, repuso el desconocido viendo que no era prudente irritar á un hombre de quien tenia tanta necesidad, hazme este pequeño favor y te lo recompensaré como quieras.

—¿Me darias una onza? preguntó el pescador con tono chocarrero.

—Aunque sean dos, con tal de que te despaches.

—Entonces ya es diferente, replicó el barquero, dirigiendo una mirada fija y penetrante sobre el desconocido, y podemos entendernos.

Y añadió en tono muy bajo.—O este hombre es un príncipe disfrazado, ó un presidario que se ha fugado.

—Vamos á ver si acabas, desdichado, dijo el desconocido entrándose de un salto en la barca.

—Aguardad un momento, señor mio: ¿vamos muy lejos? porque en verdad esta noche, aunque con la mejor voluntad del mundo, no puedo mover los brazos.

—Dos millas á lo sumo.

—Dos millas de ida y dos de vuelta.... hacen cuatro: dejadme buscar á un compañero.

—Es inútil, yo mismo te ayudaré, dijo el jóven tomando un remo y haciendo con un solo golpe partir la barca tan ligera como una flecha.

—¿Y me dareis, como hemos convenido, dos onzas?

—Hé ahí cuatro, respondió el desconocido arrojándole su bolsa con desprecio, y te prometo tres tantos mas cuando estemos de vuelta: silencio, y buen ánimo.

—Perdonadme, escelentísimo señor, respondió el pescador avergonzado, y lleno de asombro y aun de cierto despecho. Verdaderamente estaba todavia dormido.... no sabia en dónde tenia la cabeza.... lo siento en extremo. Volved á tomar vuestro oro: me he chanceado. Ahora voy á manifestaros que sé servir bien al que me busca, y cumplir con mi deber, (hablando así remaba con todas sus fuerzas). ¡Qué diablos!.... yo no soy

judío y deseo salvar mi alma. Una piastra es bastante... es quizá demasiado. Es verdad que por la noche no hay tarifa; pero yo no pido muy caro á nadie y si no fuera porque mañana es día de fiesta y se anuncian grandes diversiones públicas, una procesion, carreras y una hermosa pesca con redes, no os hubiera pedido mas que un carlino por milla, que es el precio ordinario. Pero me hallo sin un cuarto, porque todo lo he dado á mi padre y mi hermano menor... muchacho holgazan... de que no os podeis formar una idea... todo cuanto yo tenia...

Mas el desconocido no escuchaba ya sus palabras. Viéndose á dos ó tres tiros de ballesta del punto á donde queria llegar, sacó su eslabon, dió golpes con él en la piedra, encendió su tea y la agitó por encima de su cabeza. Al punto se vió resplandecer á dos ó trescientos pasos un segundo fanal, y una barca impelida por vigorosos remeros, atravesó rápidamente la distancia que separaba á los dos misteriosos personajes de aquella cita nocturna. Entonces pudo percibirse sobre la popa del barco que venia de Caprea, un anciano como de sesenta años, con la barba y cabellos blancos, la espalda encorvada, vestido con una especie de hábito, y cubierto con una caperuza ó capucha larga.

—Apaga tu antorcha, dijo el anciano con voz baja, toda precaucion es poca.

—No me desagradaria examinar tus facciones, respondió el jóven, y ver desde luego con quién tengo que entenderme.

—¿Y para qué si no me conoces? antes de esplícarme te diré mi palabra de órden, y si la tuya no corresponde con la mia, no pasaremos mas adelante y me volveré como he venido.

—Es muy justo, dijo el jóven arrojando su tea al mar, hé aquí no obstante el inconveniente de no conocer las gentes de que uno se sirve, y de escoger los agentes por medio de procurador.

—¡Dios mio!... replicó el anciano con una sonrisa irónica; eso nos sucede con bastante frecuencia, pues ni conocemos á nuestros amigos, ni á los que nos perjudican. Desgraciadamente no siempre hay una palabra que sirva de seña para salir de embarazos.

—Dime, pues, la tuya, astrólogo: *Ant Cesar, ant ni hil.* A ver la tuya.

—*Tres veces maldito, una vez condenado.*

—Está bien, y poniéndose de un salto en la barca del jóven con una fuerza y ligereza que no debia esperarse de un hombre de su edad; el anciano hizo seña á sus dos marineros para que se retirasen inmediatamente y no volviesen hasta que los llamase con un silbido.

Cuando la barca que habia conducido al extranjero estuvo fuera del alcance de la voz, el anciano hizo un gesto significativo para indicar la presencia del barquero que estaba de mas en la conversacion que iba á seguir.

—Habla con seguridad, dijo á media voz el jóven, respondo de la discrecion de ese hombre.

Si el pobre pescador hubiese podido oír aquellas palabras, ó ver la fatal sonrisa que las acompañaba, hubiera empleado los pocos momentos de vida que le quedaban en encomendar su alma á Dios; pero tenía veinte años, se sentía fuerte con su inocencia, y amaba à la mas hermosa lavandera de Nisida: así es, que en aquel instante terrible en vez de pensar en su alma, pensaba tranquilamente en su bella prometida.

—Habla, repitió el jóven con tono imperioso: ¿qué noticias me traes de nuestro conquistador?

—Monseñor, murmuró el anciano con voz lenta y lúgubre, desde que el enviado de V. E. vino à ponerme à vuestro servicio, no he cesado de observar los astros para....

—Yo te he tomado para que observes las acciones del rey, y no el curso de las estrellas.

—Pero, monseñor, yo me llamo Galvano Pedicini, soy médico y astrólogo.

—Y yo te pago como espía y como envenenador.

—Perdonadme, excelentísimo señor, me haceis merced de la mitad: hasta ahora he consentido en teneros al corriente de los progresos de Ladislao en la guerra de Toscana: en cuanto al otro punto jamas se ha tratado de él ni en vuestras cartas ni en vuestros mensajes.

—Eso se daba, por supuesto; y hé aquí por qué antes de darte mis últimas instrucciones, he querido hablarte por mí mismo, y no fiarme ya de ninguna mediacion.

—Me hallo pronto à recibir las órdenes de V. E. pero debo deciros, monseñor, que si los servicios que esperais de mí, son de tal naturaleza que puedan turbar mi conciencia, entonces la probidad me impone....

—¿El pedir un precio duplicado?.... es muy justo. Veamos ahora cómo has desempeñado tu primera comision: ¿Qué os han dicho hasta el presente las constelaciones, mi señor astrólogo?....

—¡Ay!.... Monseñor, continuó el mágico con voz doliente, los astros me han engañado otra vez, ó mas bien, puesto que las constelaciones son infalibles, yo mismo en mi aceleramiento por descubrir el porvenir, he debido cometer algun error en mis cálculos, y os habia predicho que el orgullo y el poderío de Ladislao se estrellarian contra las murallas de Bolonia.

El eclipse total de Marte no admitia dudas en cuanto á eso. Pues bien, á pesar del eclipse, tengo el dolor de anunciaros que el rey....

—Ha tomado no solo á Bolonia sino tambien á Siena....

—¡A Siena tambien!.... exclamó el astrólogo con asombro y terror: ¿quién os lo ha podido decir?

—¿Quién me ha dicho que habia tomado á Bolonia?

—Vos sabiais pues....

—Que los vientos te sirven tan mal como los astros.

—No es posible.

—Si todavía lo dudas, entra mañana en la ciudad, y si un hombre que como tu ha vendido su alma á Satanás, no teme entrar en una iglesia, verás que yo y la princesa regente acompañados de toda la corte, iremos á dar gracias á Nuestra Señora del Càrmen, por la doble victoria que ha tenido á bien otorgar á su magestad herética, nuestro augusto amo, tres veces escomulgado.

—Paciencia, murmuró el hechicero, cogido en falta; si me encuentro con vos en descubierto de dos victorias, vos tambien, monseñor, lo estais conmigo en dos meses de paga.

—Sí, pero yo, dijo el jóven, enseñándole una bolsa llena de oro, vengo á reparar mi descuido.

—Y yo tambien espero hacer que se perdona el mio.

—Veamos.

—Aunque monseñor se halla tan bien informado de los progresos del rey Ladislao, quizá no tendrá un conocimiento tan exacto de sus intenciones. No sabe monseñor tal vez que Ladislao, inmediatamente despues de esta campaña, renunciando á sus vastos planes de conquista, piensa volver á Nápoles cuando menos se le espere. ¿No es verdad que monseñor no sabia esto?

—No, pero lo supongo.

—Monseñor no supondrá que en el momento en que regrese el rey, confiará el gobierno á un hombre firme y adicto, y mandará á su augusta herma-

na Juana de Duras, que no se mezcle mas en la política.

—No, pero le temo.

—¿Y monseñor no teme que el rey principie por hacerle ahorcar?

—No, pero en todo caso lo evitaré.

—¿Y cómo, señor escelentísimo?

—Escucha, ¿tus remedios son infalibles?

—Mucho mas que las estrellas.

—¿Tu profesion de astrólogo te permite un libre acceso al lado del rey?

—De dia y de noche.

—¿Qué precio pides por encargarte del rey Ladislao? ¿Me entiendes?

—No pido mas que desempeñar cerca de V. M. cuando haya podido sentarse al lado de Juana en el trono de Nápoles, el mismo empleo de astrólogo que sirvo ahora al lado de Ladislao.

—Sí, añadió el jóven sonriéndose, pero no el de médico.

El anciano alargó su descarnada mano, tomó la bolsa que le presentaban, y despues de dar un silbido á sus dos marineros se despidió de su interlocutor.

—Adios, Galvano, le dijo éste viéndole alejarse.

—Hasta la vista, Pandolfello, murmuró el mágico con un acento extraño y una sonrisa diabólica.

El jóven se volvió de repente hácia aquel magnífico anfiteatro de casas, jardines, villas é iglesias

que se estiende desde Portici al Pausilipo, abrazándolo todo entero con una mirada ambiciosa y codiciosa.

—¡Para mí, Nápoles!... dijo, ¡para mí la reina!... ¡para mí el reino!...

Despues, acordándose de que no está aun concluido todo, y de que habia un hombre demas entre los vivientes, dió un golpecito en la espalda al barquero, que casi habia olvidado en el fondo de su barca, y que parecia sumergido en el mas profundo sueño.

—Bastante has dormido, muchacho, gritó el jóven favorito con voz siniestra. Toma tu remo y volvámonos á la ribera.

El pescador no habia cerrado los ojos ni un solo instante. Por el tono con que su extraordinario pasajero habia pronunciado aquellas palabras, comprendió que ya no tenia ninguna esperanza de salvacion. Aun cuando hubiera hecho todo lo posible para que ninguna palabra de aquella terrible conversacion llegase hasta sus oidos, desde el momento en que su fatalidad le habia escogido para ser testigo de un secreto de muerte, estaba perdido. Así fué que no se dejó engañar ni un solo instante por la hipócrita dulzura de su compañero. Volvió, pues, á tomar tristemente sus remos, dirigiendo con precaucion sus miradas por todas partes para ver si descubria una barca, una luz ó un eco lejano. Pero nada: todo era silencio y soledad. Espiaba un momento favorable para arrojarle de

improviso sobre aquel hombre, é intentar una resistencia desesperada, ó bien para arrojarle al mar y salvarse á nado, pero el favorito le estrechaba muy de cerca, y veia brillar en su mano un largo estoque que le hubiera introducido en la garganta al menor movimiento. Cuanto hubiese intentado para defenderse, solo habria servido para acelerar su muerte. El pescador dirigió una súplica mental y suprema, y continuó remando, y al observar que se aproximaban á la playa, sin que se viese en ella alma viviente, presentó su pecho á su compañero de viaje, y con voz reposada le dijo:

—Sé, monseñor, la recompensa que me aguarda por haberos conducido á vuestra cita: solo y sin armas, no puedo resistir ni defenderme. He hecho lo posible para no ver ni oír nada, pero he debido comprender demasiado que se trataba de un secreto terrible. Os juro por la memoria sagrada de mi infeliz madre, por Dios y por todos los santos del paraíso, os juro, señor, que jamas trataré de penetrar los misterios de esta noche, y que de mis labios no se escapará ni una palabra que pueda comprometeros, aun cuando me quebrasen los huesos con una rueda. No temo á la muerte, pero os ruego me perdoneis, no por mí, sino por mi padre de quien soy el único apoyo. Es un veterano mutilado que ha perdido ya dos hijos en servicio de su patria, y que ya no tiene brazos para ganarse el sustento. Gracia por él y por mi jóven hermano. monseñor, y Dios tendrá misericordia de vos en

este mundo y en el otro: y ademas latirán tres corazones que rogarán por vos noche y dia: escuchad la voz del inocente, y fiaos en la palabra del pobre barquero.

—¿Quién es tu padre? preguntó el favorito acercándose cada vez mas al pescador.

—Giordano Lancia. ¿Habeis oido por ventura pronunciar su nombre?

—Lancia, exclamó el jóven con acento de rencor y de cólera. Sí, le conozco muy bien: me ha salvado la vida...

—En ese caso soy muerto, contestó el pescador suspirando. Y en efecto, antes que tuviera tiempo de dar un grito, el desconocido le atravesó el corazón con su puñal.

Despues dejándole caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla á un sitio solitario y llegó á su casa, para presentarse al dia siguiente temprano, como tenia de costumbre, al tiempo de levantarse la regente.

II.

La hora del medio dia acababa de dar en el reloj de la iglesia de la *Incoronata*, y en el mismo instante, y como para atestiguar la exactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente el repique inmenso, universal y atronador de las innumerables campanas que en todos tiempos han herido los oidos de los napolitanos, y especialmente en la épo

ca bastante remota de la historia que nos ocupa. Despues de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que la sucederia un dia caluroso é intolerable. Sin embargo, en los barrios situados á orillas del mar, el calor era menos sofocante. Una brisa casi insensible y que no tenia bastante fuerza para arrugar la superficie del golfo, parecia suficiente para los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura que pudiéramos llamar propiamente infernal. La mas delgada sombra proyectada por la caña de una columna ó por la cornisa de una ventana, un abanico improvisado con algunas ramas de adelfa, la vista de aquellas aguas serenas y limpias que convidaban á los nadadores con todo el atractivo de una jóven risueña y coqueta, era mas de lo que los napolitanos necesitaban para desafiar la canícula, y pasar la vida con paeiencia. Ademas se habian adoptado todas las precauciones de costumbre en las grandes solemnidades, para preservar á una parte de la ciudad de una lluvia de fuego, que el leon celeste deja caer sobre los pueblos abatidos, al sacudir su melena. Todas las calles que se estendian desde el real palacio de Castel-Nuevo hasta la iglesia del *Cármén*, estaban cubiertas por grandes toldos listados con mil colores: flores y arbustos se hallaban esparcidos por el suelo, sobre el que por una especie de comodidad verdaderamente sibarítica, se habia estendido una doble capa de arena fina y húmeda: fuentes construidas á la ligera por medio de